A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***25. Un hombre extraordinario***

A black sign with white text

Description automatically generated**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***25. Un hombre extraordinario***

*«Yo soy la vid y ustedes son las ramas. El que permanece en mí, como yo en él, dará mucho fruto; separados de mí no pueden ustedes hacer nada».* Juan 15:5 (NVI).

**Introducción**

¿Alguna vez has conocido a una persona y sabido casi al instante que él o ella era alguien especial? Estoy hablando de alguien que conoces por primera vez que posee personalidad increíble, una presencia dominante que te atrae con cierto magnetismo. Ese es el efecto que Jesús causaba sobre la gente cuando entraba en sus aldeas u hogares.

**No era un hombre común**

Desde el principio de su ministerio quedó claro que, a pesar de ser el hijo de un humilde carpintero de Nazaret, era alguien especial. Y una de las cualidades que sobresalieron y llamaron la atención fue que le enseñaba a la gente acerca de Dios. La mayor parte de los judíos fieles estaban acostumbrados a ir al templo y escuchar a los rabíes leer del libro de la ley. Imagina ir a la iglesia todos los domingos y que tu pastor abra su Biblia en el libro de Levítico, del Antiguo Testamento, y comience a leer las instrucciones detalladas de lo que puedes comer, vestir y qué clase de corte de cabello debes usar.

Sin embargo, cuando Jesús enseñaba, contaba historias o parábolas; historias que comunicaban la verdad de maneras que no se comparaban a la lectura de la ley. Por ejemplo, Jesús quería que sus seguidores entendieran que, para ser parte de la nación de Dios, tenían que vivir de manera diferente a aquellos que pertenecían solo a una nación terrenal (en este caso, gobernada por el César). Como les estaba enseñando a personas que vivían de la agricultura, les contaba una historia acerca de agricultores:

«¡Pongan atención! Un sembrador salió a sembrar. Sucedió que al esparcir él la semilla, una parte cayó junto al camino, y llegaron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, sin mucha tierra. Esa semilla brotó pronto porque la tierra no era profunda; pero cuando salió el sol, las plantas se marchitaron y, por no tener raíz, se secaron. Otra parte de la semilla cayó entre espinos que, al crecer, la ahogaron, de modo que no dio fruto. Pero las otras semillas cayeron en buen terreno. Brotaron, crecieron y produjeron una cosecha que rindió el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno. “El que tenga oídos para oír, que oiga”», añadió Jesús (Marcos 4:3-9).

El buen suelo hace toda la diferencia. Jesús está diciéndoles a sus oyentes que si quieren crecer en su fe –si quieren alimentarse como miembros de la nación de Dios– deben plantarse a sí mismos en el buen suelo de la comunidad de Dios. Traducido al lenguaje actual, significa que nos unimos con otros cristianos en la adoración, la fraternidad y el estudio bíblico. Significa vivir más de acuerdo con los valores de Dios que con los valores de los humanos. Sin embargo, como Jesús contaba esta verdad en la forma de una historia que llegaba a las personas donde ellas vivían, atraía su atención. Ellos sabían que este no era un maestro común y corriente.

**Una enseñanza controversial**

Con todo, Jesús también hacía uso de un estilo más directo. En su único sermón registrado en la Biblia –el Sermón del Monte– Jesús literalmente puso el mundo de cabeza para su «congregación».

Imagina la escena. Jesús acababa de hacer un milagro de sanidad. Las noticias corrieron a toda velocidad, y las multitudes de personas se reunieron para ver a este increíble maestro y tal vez aprender algo de él. Jesús se pone de pie y habla, y un silencio cae como un manto sobre la gente que está sentada en la ladera de una gran colina que formaba un anfiteatro natural cerca del Mar de Galilea:

Dichosos los pobres en espíritu […] Dichosos los que lloran […] Dichosos los humildes […] Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia […] Dichosos los compasivos […] Dichosos los de corazón limpio […] Dichosos los que trabajan por la paz […] Dichosos los perseguidos por causa de la justicia […] (Mateo 5:3-10).

En algunas versiones la palabra *dichosos* se traduce como «felices», aunque en la Historia Secundaria ser pobre o humilde nunca se asocia con ser dichoso o feliz. Nadie quiere llorar o ser perseguido, y la pureza de corazón es para los santurrones.

No obstante, Jesús está tratando de demostrar lo que es la vida en la Historia Primaria. Quiere darles a ellos –y a nosotros– una visión de cómo el reino de Dios es diferente, y cómo el carácter es más importante que las posesiones y las circunstancias. El reino de Dios que él describe será un nuevo paraíso –una versión restaurada del paraíso que conocimos en el comienzo de su Historia– al que Dios una vez más descenderá y donde habitará con todos los que creen en él.

**Retos y desafíos**

Estas «bendiciones» a las que llamamos Bienaventuranzas eran solo la introducción, pero resultaban suficientes para que todos se dieran cuenta de que había algo extraordinario en este hombre llamado Jesús. Él desafió las prácticas de los líderes religiosos contemporáneos: «Cuando oren, no sean como los hipócritas, porque a ellos les encanta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas para que la gente los vea». Atacó el materialismo: «No acumulen para sí tesoros en la tierra […] Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo». Advirtió sobre el poder seductor del dinero: «No se puede servir a la vez a Dios y a las riquezas». Y aun los preparó para combatir la ansiedad: «¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida? […] Por lo tanto, no se angustien por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes. Cada día tiene ya sus problemas» (Mateo 6:5, 19-20, 24, 27, 34).

Este sermón entero encierra la sabiduría de la Historia Primaria para ayudarles a vivir mejor en sus vidas de la Historia Secundaria. No por causa de ellos mismos, sino por el bien del reino de Dios al cual pertenecían. Jesús quiere que sus seguidores vivan de tal manera que otros sean atraídos a ellos, así como eran atraídos a Jesús: “Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo” (Mateo 5:16).

Naturalmente, alguien con un mensaje tan fuera de lo convencional, que también tenía la habilidad de hacer milagros, llamaba demasiado la atención. A veces las multitudes lo empujaban tan fuerte que se le hacía difícil moverse. En una ocasión así, una mujer que había luchado con una enfermedad crónica pensó que, si tan solo podía arrimarse a Jesús en medio de la multitud, sería sana. Ella esperaba escurrirse sin que nadie se diera cuenta, pero tan pronto como lo toca, para su sorpresa, Jesús se da la vuelta y pregunta: «¿Quién tocó mi ropa?». Sus seguidores trataron de convencerlo de que en una muchedumbre tan grande un montón de gente lo estaba tocando, pero él persiste hasta que la mujer finalmente confiesa que había sido ella. Jesús le responde con compasión: “Tu fe te ha sanado” (Marcos 5:30, 34).

¿Qué hacer con alguien así? Alguien que no encaja en tu imagen de un líder religioso. Más tarde o más temprano, todos los que al inicio siguieron a Jesús tuvieron que tomar una decisión. Él es el Mesías prometido o no lo es. Una vez, después de alimentar a una multitud de cinco mil personas con solo cinco panes y dos peces, algunos lo siguieron hasta una aldea vecina porque querían aprender más de este maestro inusual. Deseaban saber qué podían hacer para servir a Dios, y Jesús les dijo: “Crean en aquel a quien él envió” (Juan 6:29). En otras palabras: «Crean que yo soy el Mesías». Luego les dijo que solo él era la fuente de contentamiento, y agregó algo que los tomó por sorpresa:

Ciertamente les aseguro […] que si no comen la carne del Hijo del hombre ni beben su sangre, no tienen realmente vida. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna […] El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él […] Los antepasados de ustedes comieron maná y murieron, pero el que come de este pan vivirá para siempre (Juan 6:53-56, 58).

Si había alguna duda acerca de que Jesús era diferente, esto prácticamente la disipó. Jesús pone todas las cartas sobre la mesa, llamando a sus seguidores a identificarse con él de tal manera que pareciera como si hubieran participado de su cuerpo. Deseaba que llegaran literalmente a ser uno con él. Esta era su forma de decir algo que no todos querían oír en ese momento, y que muchos todavía no desean oír hoy: «Yo soy el único camino».

La Biblia nos dice que algunos de sus seguidores se alejaron después de este desafío. Estaba pidiendo mucho de ellos. Estas personas querían a Jesús, y querían también sus propios caminos. Querían el pan ordinario, no el Pan de Vida. ¿Te suena familiar? ¿Cuántas veces vimos que los seguidores de Dios querían adorarlo a él y a los otros dioses de las naciones vecinas? ¿Cuántas veces *nosotros* queremos a Dios junto con los ídolos de la riqueza, el estatus, el poder y la fama? Jesús no era un maestro común y corriente. Era la clase de persona que todos notaban cuando entraba a un lugar. Su ministerio estaba validado por sus notables enseñanzas e intervenciones milagrosas. No obstante, él demanda nuestra singular devoción. En un cierto punto, después de observar todo lo que hizo, tenemos que tomar nuestra propia decisión. Tenemos que determinar si es el único al que en realidad queremos seguir.

Una vez los discípulos de Jesús estaban pasando la noche en una barca en el medio del lago, cuando de pronto se levantó una tormenta. No podían regresar a la costa por causa de las altas olas, y poco antes de que el sol saliera vieron a Jesús que venía caminando hacia ellos sobre el agua. Pedro no estaba tan seguro de que fuera Jesús, así que gritó: “Señor, si eres tú […] mándame que vaya a ti sobre el agua” (Mateo 14:28). Jesús respondió: «Ven», así que Pedro salió de la barca y empezó a caminar, hasta que miró hacia abajo y comenzó a hundirse. Jesús extendió su mano para salvarlo y luego lo reprendió por haber dudado. Cuando Jesús y Pedro entraron a la barca, los discípulos lo alababan e hicieron esta profunda declaración: “Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios” (Mateo 14:33).

**Conclusión**

No es suficiente con pensar de Jesús como un gran hombre. En la Historia Secundaria podemos conocer a grandes hombres y mujeres: celebridades, políticos, actores, atletas profesionales. Sin embargo, si queremos elevarnos por encima de las circunstancias del presente en nuestras vidas, debemos estar preparados para conocer a alguien que redefine la palabra *extraordinario*. Tenemos que asumir el mismo compromiso que Jesús les pide a todos sus seguidores.

Cree en aquel a quien el Padre ha enviado.